



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60  
Telégrafo LIBROJAApartado 547.—Teléfono 1845  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

## SUMARIO

## CARAS BONITAS

NYDIA

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

*Una cupletista que quita el sueño á l s de LA HOJA DE PARRA*

EDUARDO ZAMACOIS

La otra vida.

JOAQUIN BELDA

Las dos hermanas.

ANTONIO ZOZAYA

Cuando la noche viene.

ANTONIO HERREROS

Maldito teléfono.

A. RODRIGUEZ DE LEON

El poema de tus senos.

F. GONZALEZ-RIGABERT

Parísina.

J. PEREZ RAMIREZ

Tonadilla.

TOVAR, GALVAN

y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de

Nydia y Antonio Zozaya.

**5** céntimos



Los periódicos berlineses y hamburgueses comentan con indignación lo que sucede en Alemania desde que ha aumentado el número de negros, que vienen á ella procedentes de sus colonias.

Hace algunos años sólo había negros en las troupes de los circos y en los jardines zoológicos.

Pero los militares y funcionarios civiles enviados á las colonias, al regresar, tomaron la costumbre de traerse criados negros.

Y hoy, aun en la aristocracia, es elegante y de buen tono tener, en la servidum-

bre representantes de las razas africanas.

Esto no intranquilizaría á nadie si no se hubiera desarrollado entre las mujeres alemanas, no sólo pobres, sino ricas también, una afición desmedida á los negros que, según parece, tienen atractivos físicos que nadie sospechaba.

Los negros hacen furor entre el bello sexo. El número de sus conquistas es incalculable. Y cuando vuelven á África, reciben cartas inflamadas de las mujeres alemanas que se prendaran de ellos y que no se pueden resignar á su ausencia.

El periódico *Las Últimas Noticias de Berlín* publica numerosas cartas insertadas en la prensa colonial.

Los negros que las recibieron las han hecho públicas, muchas sin borrar los nombres de quienes las escribieran, para probar así que sus relatos de fáciles proezas conjuanescas no son mentiras, sino halagüeñas realidades.

Naturalmente, los negros dependientes de Alemania, creen que las mujeres de raza blanca son todas de conducta ligera y no quieren respetar á las esposas, hijas, hermanas, etc., de los empleados civiles y militares que les envía la Metrópoli.

Los escándalos debidos á la boga del elemento negro entre las mujeres alemanas son cada día más numerosos.

Hay ya muchos mulatitos, bastantes nacidos en familias de buena posición.

Créese que se prohibirá á los funcionarios coloniales traer negros á Alemania.

Es tan deliciosamente pintoresco lo que transcrito queda, que no he podido resistir á la tentación de reproducirlo textualmente. Y no vayan ustedes á creer que lo publica un periódico sicalíptico ó, por lo menos, pecaminoso, sino uno de los diarios madrileños más sesudos, meticolosos y pudibundos que pudieran soñar educandas ursulinas y colegiales escolapios.

Confieso á ustedes con toda sinceridad que cuando leí el sabroso sueltécito estuve por escandalizarme, pensando en lo que habrían dicho las recatadas lectoras del fo-

#### INFRACCION MUNICIPAL



—¡Qué indecencia! ¿Por qué no echa usted eso de noche?

lletín del corruptiscente colega; pero luego decidí todo lo contrario, en vista de que se trata de las colonias alemanas, y, por consiguiente, que no hay peligro de contagio para nosotros. Antes, cuando teníamos Cuba y Puerto Rico, lo de los negros podía preocuparnos; pero ahora que no tenemos negros, ni para que sirvan de reclamo á nuestras cupletistas (porque hasta el que tiene la Toscana es falsificado), nos puede tener muy sin cuidado que elejemplo de las mujeres alemanas pudiese ser imitado por las españolas.

Y es que no hay nada como alcanzar fama en algo, y los negros la tienen, injustamente desde luego, de poseer mayor ecuanimidad amatoria que los blancos, y ahí está el secreto.

Pero es una falsedad inmensa, mis queridas lectoras, ó mis lectoras queridas, como ustedes quieran. Habrá negros, que la tengan muy grande, yo no lo dudo, pero ¡Romanones! que también los demás tenemos lo nuestro en cuanto á la tal ecuanimidad se refiere. Crean ustedes que siempre se exagera.

Recuerden sino el tan conocido caso de aquel mentecato, que para conquistar á una señora dejó deslizar á su oído que tenía la nariz cuadrada, y luego resultó que era como la de todo el mundo, y mucho más pequeña todavía. ¡Hay cada chasco!

Pero volvamos al caso de Alemania. Por lo visto, las damas de por allá, ya no se conforman con el agua de Colonia, sino que se despepitan por el negro de colonia,

creyendo que es un perfume más grato el de esos seres que huelen á chotuno que apestan, y quieren tener mulatitos, como antes tenían canes de sedosas lanas y lar-



—Y el ladrón me gusta; pero dicen que tiene un genio fortísimo y me da miedo tanta dureza.

go hocico. ¡Qué caprichitos tienen esas berlinesas!

Porque, bien está que tengan entre su servidumbre individuos de la raza negra, para que las quiten las moscas con un abanico, como á la reina de Abisinia, pero de

## LA OTRA VIDA

El anciano sepulturero caminaba delante de mí, señalándome las particularidades más notables de aquella vieja sacramental, deplorando el abandono en que yacían las tumbas de algunos hombres que fueron famosísimos y de los que ya nadie recordaba, y aburriéndome con la enumeración de sucesos terribles, presenciados por él; lances siniestros, descritos con esa vehemencia ardiente que lo incomprendible y maravilloso inspiran al vulgo; unas veces era una mujer asesinada que, al ser enterrada, abrió la boca como si quisiese hablar; otras, un joven á quien no pudieron cerrar los ojos...

—Y no es que me asusten los muertos— prosiguió—, pues ya estoy familiarizado con ellos; pero no cabe duda que sus almas permanecen entre nosotros, y que, si pudiesen, habrían de desahurrarnos muchas cosas...

La noche iba llegando y un vienteillo suave creaba el Camposanto; la luna pin-



—¿Sabes tú lo que le dije mi «mataor» á su cuñada cuando el percame?

—Sí; que no se apurase, que «eso» lo daban los cuernos.

eso á que haya ya «muchos mulatitos, bastantes nacidos en familias de buena posición» como terminantemente afirma el expresivo colega, media un abismo de color de betún mate.

Y lo más molesto, á creer lo que el comentarista asegura, es que se dediquen los negrazos esos á hacer públicas sus intimidades con las excitadas damas, que en momentos de enardecimiento histérico, les han expresado por medio de incendiarias pistolas. Es para dejarle á uno blanco de coraje y negro de indignación. Porque si no fuese por esa felonía..., era cosa de tiznarse la cara, como el falsificado groom de la Toscana, y tomar un kilométrico para Berlin.

**Un pequeño REPORTER**

Lea usted el martes  
**EL LIBRO POPULAR**

Biblioteca Regional de Madrid

¡¡FILANTROPÍA!!



—Si aceptases mi protección, te librarías de esa carga.

—¡Por un lado, sí señor; pero por otro, menuda carga se me venía encima!

taba en el cielo azul, de un azul obscuro, un paréntesis pálido; los mausoleos y las simbólicas columnas torneadas, blanqueaban bajo los cipreses plantados pássim y artísticamente: cerca de nosotros, y á lo largo de una dilatada galería, había multitud de nichos, colocados en ringleira y ordenadamente unos sobre otros, como libros en una biblioteca; libros impenetrables, poseedores de aquel gran secreto que nadie ha traducido. De pronto, mis ojos advirtieron un detalle extraño: sobre la tumba más cercana á nosotros había una carta.

—¿Cómo?—exclamé—, ¿ha visto usted?... ¡Una carta!

Mi guía siguió con la mirada el rumbo de mi ademán.

—¡Ah, sí!... —repuso sin inmutarse.

—¡Qué chifladura—murmuré conmovido—, qué chifladura!... Sin embargo, compéndalo usted; es romántica y es bonita la idea de escribir á los muertos.

Me aproximé á la tumba, y sin tocar el sobre, contenido por no sé qué sentimiento involuntario de respeto, leí lo que en él iba escrito: «Señorita Julia Martín, Cementerio de San Justo, Patio de Santa Susana, Madrid.» La carta fué franqueada en Londres. Aquella rara dirección coincidía con lo que la lápida mortuoria indicaba: «Aquí yace Julia Martín. Murió á los veintitrés años, en la madrugada del día 14 de Abril de 1903.»

—¿Ha recibido usted muchas cartas como ésta? —pregunté estupefacto.

—Muchas, sí señor, más de cuarenta.

Contadas son las semanas en que no vienen, por lo menos, una ó dos...

—¿Y, quién las trae?

—¡Tomal... ¿Quié ha de ser, sino el correo?

OH, LOS DUEÑOS DE HOTEL!...



El caballero.—Esto está sosísimo; tráigame usted sal, pimienta...

La camarera.—Imposible, señor... en cuanto le sirva á usted lo que me pide, el amo me pone multa y costas.

—¡Bonita ocurrencial... ¿Y quién las pone aquí?

—Yo.

—¡Usted!

—Sí, señor; pues que son para ella.

—¡Ella! —repeti.

Inconscientemente miré á mi alrededor, buscando una tercera persona. Comprendo que se escriban cartas á los muertos

porque las extravagancias que la esperanza imagina para consolarnos, son incontables; mas era inverosímil que el sepulturero, hombre de corta sensibilidad, pudiera prestarse ingenuamente á colaborar en tales locuras. Repentinamente, y cediendo á mis aficiones literarias, quise conocer aquella correspondencia y el nombre de su autor y algunos pormenores de aquel idilio que rompió la muerte.

—¿Qué hace usted de las cartas viejas? —pregunté.

Mi guía me miró sonriendo; luego contestó tranquilamente, complaciéndose de antemano en la sorpresa que sus palabras habían de causarme:

—De todas las cartas que aquí se recibieron, sólo conservo la primera, que leerá usted ahora mismo, si gusta, pues siempre la llevo consigo, de miedo á que me la quiten. Las posteriores, se las llevó ella; es decir, su espíritu, el espíritu de Julia Martín...

Y como comprendiese que mis ojos, hasta allí admirados, adquirirían una expresión de incredulidad y de mofa, y que los

carrillos se me hinchaban de risa, mi interlocutor añadió:

—No se burle usted; la autenticidad de lo que digo, podrá usted comprobarla, por sí mismo, antes de media hora. Entre tanto, lea usted.

Sacó de un bolsillo interior una cartera atada con balduque, y de la cartera una carta que sus dedos habían ensuciado y ajado. Aquellos renglones, escritos por una mano impaciente, descubrían una terrible exaltación de espíritu; la puntuación era defectuosa y desiguales los rasgos de las letras. Mas, no obstante, la incoherencia y abigarrado deshilvanamiento de las ideas, había entre todas cierta derivación razonada ó lógica concatenación resultantes de una locura que disponía sus divagaciones acordadamente, con esa dialéctica con que los locos parecen burlarse de los cuerduos.

La carta, que más tarde tuve la curiosidad de copiar, decía así:

«Te escribo deprisa y sólo para rogarte que me dejes dormir. ¿Qué te hice, para que así me maltrates? ¿Acaso no cumplo

## EL AMIGO PREGUNTON



—Caramba... pues y Lolita ¿qué es de ella?

—Está ocupada.

—¿Con quién?

bien todos tus encargos?... Hace varias noches, sin embargo, que no descanso. Tú, sin duda, crees que mi alma no siente llegar la tuya; te equivocas. Al principio, efectivamente, mi espíritu, preso entre las gasas del sueño, nada ve ni oye; pero pronto despierta adquiriendo un estado de semivigilia que le permite comprenderlo todo.

»Tu alma se presenta á mi bajo la apariencia de un cuerpo desnudo; tu cuerpo... tan inolvidable y tan besado. Ese fantasma, de una materialidad sutil, inaccesible á la torpe grosería de los sentidos, es perfectamente real para mi conciencia.

»Anecho me acosté muy fatigado. Mi último recuerdo, fué para ti. «¡Ojalá no venga, pensé, porque quiero dormir!»... Acababa de conciliar el sueño, cuando desperté; algo muy frío, horriblemente frío, helaba mi sangre y mi carne. Sin abrir los ojos te reconocí; eras tú, acostada á mi lado, bajo las sábanas; tú, muy blanca, tendida boca arriba, como los muertos, los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas rígidas; tú, Julia, que, sin hacer movimiento alguno, te estrechabas contra mí, buscando aquel último resto de calor que la tierra húmeda te había quitado...

»A pesar mío, me retiré un poco; tú te acercaste más, siempre más, lentamente... muy lentamente... según yo huía. Así llegué al borde del lecho, no podía pasar de allí, iba á caerme al suelo... Entonces abriste los brazos y enlazándomelos al cuerpo, me volviste al centro de la cama. Desperté: la impresión fué demasiado violenta; mis miembros tiritaban cual si acabasen de ceñirme al talle un cinturón de hielo...

»La fatiga me vencía; iba á dormirme otra vez. No obstante, adivinaba que en la penumbra del sueño, tu silueta blanca y fría me aguardaba. Un gran esfuerzo de voluntad me permitió incorporarme, fro-

tándome los ojos, palpándome... para sentirme y convencerme de que era yo, efectivamente, quien estaba allí.

»Aprovechando un momento de lucidez, quise encender la vela que, al acertarme, dejé sobre la mesita de noche; la caja de cerillas cayó al suelo... Extendí un brazo para cogerla y mis dedos se deslizaron sobre la alfombra, palpando aquí y allá... Luego mi mano tropezó con un objeto, un

## PREPARANDO EL MENU



—Estoy conociendo en tu cara que te pereces por una lengua á la escarriata.

cuerpo esférico, una cabeza, una cabeza húmeda, como bañada en un sudor de agenia... ¡Y á todo esto á obscuras!...

»Pronto comprendí que aquella cabeza era de mujer: la tuya... Tus largos cabellos se enredaban á mi mano, resbalando por entre mis dedos. ¡Oh! Yo deseaba retirar la mano y no podía; tus cabellos eran como los hilos de una poderosa tela de araña, y tiraban de mí, arrastrándome, llevándome hacia abajo, hacia la muerte, hacia la fosa... abierta allí, bajo mi cama...

»Sintiéndome vencido, aun pude hacer

un terrible esfuerzo de defensa, retirando el brazo, aun á trueque de arrancarte los cabellos, tus cabellos de sol... Y bajo el lecho, resonó una voz... tu voz que se quejaba... «¡Ay, ay!...» Y entonces perdí todo el conocimiento y caí de la caña y mi cabeza fué á juntarse otra vez con la tuya...

»Allí me encontraron los criados al día siguiente. Hoy estoy mejor. Sólo te ruego que, por lo menos durante quince ó veinte días, no vengas á visitarme de noche; me volvería loco; mi salud está muy quebrantada. He comprado un gran espejo para poder comunicarme contigo. Por las tardes, si las lágrimas de tus padres no te retienen ahí, ven á verme. Adiós. No te olvidaré nunca.—ERNESTO.»

Mi guía reanudó la conversación.

—Pocos días después de recibir esa carta—dijo—llegó otra. No bien me la dió el cartero, quise abrirla impulsado por una curiosidad bien explicable; más apenas intenté rasgar el sobre, sentí que me la arrebataban. Yo no vi nada, ni oí nada. Sólo sentí por todo el cuerpo una impresión de frescura, cual si acabase de recibir una gran bocanada de viento. Luego, delante de mí, rompieron el sobre, desdoblaron la carta, como para leerla... y después, carta y sobre fueron alejándose hacia aquella parte del cementerio... y siempre cerca del suelo, cual si alguien que tuviese nuestra estatura, los llevase en la mano...

Miré á mi interlocutor de hito en hito, y me convencí de que era sincero.

—La impresión de aquella maravilla—continuó—hubo de costarme una enfermedad de varios meses, durante los cuales las cartas continuaron viniendo, sin interrupción, de tres en tres días. Según llegaban, mi mujer ó mis hijos las colocaban sobre la tumba de la señorita Julia, quien luego, al anoecer, venía á recogerlas.

El buen hombre concluyó:

—Al principio todos andábamos aterrados y hasta quisimos marcharnos de aquí. ¿Pero, dónde ir? Al fin, nos hemos acostumbrado. La señorita Julia nos quiere y procura hacernos el bien que puede. Una noche nos quedamos á oscuras y no había fósforos en casa. ¿Qué hacer? Estaba nevando; de pronto el quinqué se encendió...

El sepulturero prosiguió hablando, refiriendo con voz monótona cosas horribles que yo no entendía. Mis ojos no se apartaban de un punto...



El cigarrillo

Mi interlocutor exclamó, señalando hacia donde yo miraba:

—Vea usted, vea usted...

Habia cogido la carta colocada en la tumba de Julia Martín; después rompieron el sobre delicadamente, sacaron el pliego, lo desdoblaron...

Y el papel continuó alejándose á lo largo de la calle de Cipreses, lentamente, como si alguien fuese leyendo en él...

**Eduardo ZAMACOIS**

¿Es usted literato? ¿Es usted artista?  
¿Es usted actor? ¿Es usted hombre público?  
¿Es usted mujer pública?

Tiembie, uno de estos días saldrá

**“Satiricón,”**



afrodita de la siesta.

## LAS DOS HERMANAS

¿Por qué las habría Dios criado tan hermosas á las dos? ¿Y por qué, para que entre las dos se completase todo, había hecho á la una rubia y á la otra morena, á la una delgada y esbelta y á la otra llenita de carnes, sin llegar á la gordura que asusta?

Y como Antonio era un creyente sincero, atribuía también á la Divinidad la causa —mejor la culpa— de que él hubiese entrado de Secretario en casa del opulento papá de las dos bellezas, don Justo Tercillo.

Cuando este acontecimiento tuvo lugar, la mayor de las chicas, la gordita, que era la más romántica, acababa de tarifar con su novio, oficial de Artillería que había sido destinado á Larache.

—¡Al demonio se le ocurre irse á Lara-

che ahora que llega el verano y podríamos ir juntos á Rosales por las noches!

Para consolarse dedicaba varias horas del día á tocar el piano: este instrumento de tortura estaba colocado, precisamente, en la habitación inmensa á aquella donde Antonio se encerraba todas las tardes, de dos á cinco, para despachar la correspondencia de don Justo. Y más de una vez hubo de abrir la puerta y suplicar á Lola, con toda cortesía, que le dejase trabajar.

Una de las veces en que la puerta se abrió, Lola dió un grito de espanto: el Secretario la había cogido en flagrante delito de...; la cosa no tiene palabra decente en el Diccionario. La chica tocaba al piano, con una sola mano, uno de los walsez más voluptuosos del repertorio vienés; con la otra mano, y con dos de sus dedos, se dedicaba á escrudiñar en el pasado, revolviendo, tal vez, recuerdos muy dulces de un ya muerto amor.

Entre la pianista y el Secretario mediaron unas excusas: ella tenía en los ojos un brillo extraño y en la cara una cosa especial que parecía una invitación. Se pusieron á hablar de cosas insustanciales, después callaron... después... Cuando el Secretario cerró de nuevo la puerta de su despacho para continuar su trabajo, dejaba en la estancia vecina algo abierto para siempre, algo que ya nadie podría cerrar, ni siquiera la acción del tiempo, que une más que el sindeticón.

Y ocurrió que, seis meses después, don Justo entró una tarde en el despacho de Antonio, precisamente por la misma puerta de marras. Su saludo fué una sarta de iusultos que, comenzando con canalla, acabó en dudar de la honradez de la madre del Secretario y del decoro del que se llamaba su padre.

—Ahorremos explicaciones: sé lo que ha hecho usted con mi hija. Elija usted entre el presidio ó el matrimonio.

Así habló el padre ultrajado. Antonio, que en el fondo era un caballero, se acordó de la literatura medioeval, y repuso, declamando un poco la frase:

—Basta: sé como se lavan las manchas del honor. Al pie de un altar, y ante la imagen de Dios, devolveré su honra á una dama, que por amor ha pecado.

La otra puerta del despacho se abrió con estrépito, y Nieves, la otra hermanita,

la delgada, penetró en la estancia y se agarró al cuello del Secretario:

—¡Oh, gracias, gracias! No esperaba yo menos de ti... Padre mío: Sabía la nobleza de su intención. Se casará: así me lo prometió, hace tres meses, la noche en que me... declaró su amor de un modo harto palpable.

—¿Qué dices, hija mía?... ¡También á ti!... ¿Qué dice usted, miserable?

El miserable había ido á esconderse detrás de una papelera: ni por asomos veía él solución al conflicto. ¿Cómo casarse con las dos?

Nieves había sido su víctima una tarde en que Lola había salido, y él se sentía agresivo: la pescó en un pasillo, y, como se trataba de dos hermanas, pensó cuerda-mente, que todo se quedaba en casa.

—¡Diga usted algo, hombre! —rugió el padre, con los ojos inyectados.

—¡Qué quiere usted que diga!... ¡Qué hay años fatales!

Don Justo cayó á tierra con un ataque de idiotéz. Cuando volvió en sí era ya la hora de cenar.

**Joaquín BELDA**

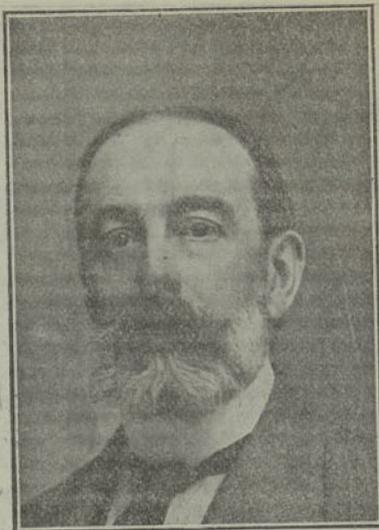
LAS RIFAS CALLEJERAS



—¿No has tenido suerte?  
¡Calle usted, señora! Por dos números no me ha toco el conejo.

Lea usted

“SATIRICON,”



Antonio Zozaya

Quando la noche viene <sup>(1)</sup>

Flor marchita, fuente seca,  
luz que en el ocaso está,  
guzia que acordes no da,  
fuste que en polvo se trueca:  
decid al alma transida  
si la juventud se va  
para qué sirve la vida.

Amor, fe, de gloria empeño,  
todo es un doliente ensueño,  
todo es un recuerdo vano;  
vapor informe y lejano  
que hacia las alturas sube,  
como sombra de una nube  
que cruza fugaz el llano.

Todo es solitario y frío;  
parece el mundo vacío.  
Sobre crepúsculos rojos  
pasan visiones extrañas;  
no hay ilusiones ni antojos,  
ni calor en las entrañas  
ni lágrimas en los ojos.

La vida el tiempo consume;  
en espacio siempre breve  
se evapora su perfume  
y, por la experiencia rota  
la idealidad que la mueve,

(1) Del libro *Poemas de humildad y de ensueño*, publicado recientemente por Antonio Zozaya.

como un idolo de nieve  
se deshace gota á gota.

Sólo el alma amor concibe  
y porque se ama se vive.  
Genio que hiciste brotar  
los instintos del querer:  
si todo sueño ha de ser,  
si hemos de dejar de amar,  
¿por qué nos haces nacer?

Poder que matas y creas  
y en lo infinito aleteas:  
antes que muera inconfeso,  
préstame el ansia perdida;  
rompe el hielo en que estoy preso  
y dame una nueva vida  
que se consuma en un beso.

## Maldito teléfono

Don Homobono era un bendito de Dios. A creer en los relatos que él hacía de sus mocedades, fué un verdadero pillin en aquellos tiempos en que alternaba el medio kilo de jabón y el amor de la criada del 15. No supo perdonar á ninguna de las virtudes que tuvieron la suerte ó desgracia de conocerle. Y lo malo para él, fué que cuando llegó á encargado de la tienda, supo corregirse. Siempre fueron las mujeres su debilidad, y por ellas habia hecho mil locuras.

Si, era cierto que nunca hubo de arrepentirse de ninguno de los sacrificios hechos por las mujeres. Don Homobono habia tenido la suerte de tropezar siempre con mujeres buenas, ó al menos, él se dió tanta maña para enamorarlas que jamás hubo de lamentar un percance que le hiciera bajar la cabeza, ni una cosa por el estilo. Más bien todos los disgustos que le ocasionaron sus amadoras, tuvieron por causa la volubilidad del ingrato que las abandonaba lanzando una carcajada sardónica.

Quizá este modo de proceder de don Homobono, fuera el gancho que atraía á las cándidas palomas, enamoradas siempre de vencer lo más dificultoso, y más cuando se está forrado con billetes del Banco de los grandes.

La última conquista del extendero de comestibles — don Homobono se habia retirado de los negocios con una respetable fortuna y una respetable cantidad de años—, era una real mujer. Morena, de ojos grandes y muy negros, boca de labios rojos y sensuales, buen pecho, exuberantes caderas, alta y arrogante. En fin, con todas las de la ley.

La conoció don Homobono en una bohardilla de una de las casas del extendero. Su madre vivía con ella, y según unos, las dos mujeres se mantenían del fruto de su trabajo, y según malas lenguas...

Don Homobono, siempre caballeroso, no dió crédito á las murmuraciones, y viendo que aquella real moza, que casi le enseñaba las carnes cuando iba á cobrar el recibo del alquiler de la finca, que no cobraba nunca, merecia mejor suerte, se la llevó á vivir con él.



—Chica yo no sé dónde ir este verano. Vas á San Sebastián y no pasa un alma. Vas á Biarritz y á los dos días te tienes que volver.  
—Buena; eso á mí no me apura. Estoy acostumbrada á todo.

Desde aquél día, don Homobono fué absolutamente feliz. Carmen — la real moza se llamaba Carmen — era lo que él se había figurado: una mujer buena y honrada, que consintió pasar mil privaciones antes que entregarse. Don Homobono había conseguido hacerse amar y por esto

LA MODA «ULTIMISIMA»



—Hay que ver, la «Chuponcitos», sin medias como una parisienne.

—Toma, y como tú hace medio año.

la poseía. ¡Los billetes grandes del Banco! Ella les despreciaba. Podía tenerla á pan y agua, come al último perro de la casa; ella no se quejaría. Le amaría siempre como una esclava, como se ama á un Dios.

Claro que esto siempre lo decía Carmen ilustrándolo con besos apasionados, miradas lánguidas y posturas incitantes, y naturalmente, don Homobono, puesto al rojo blanco, era feliz, y no se le ocurría, ni

por un momento, poner á Carmen á pan y agua.

Una de las pruebas de amor que más engorgullecían á don Homobono, era la que le daba Carmen, públicamente, de estar siempre pensando en él.

De esto presumía el buen extendero, quien admiraba á sus contertulios del círculo.

Don Homobono, que siempre tuvo ansias de elevarse sobre su clase, cuando se retiró de los negocios, dióse á vivir aristocráticamente, y una de las primeras cosas que hizo para ésto, fué inscribirse como socio en varios casinos y clubs, donde el buen tono consiste en gastarse unos cientos de pesetas en champagne y unos miles en el juego.

En uno de estos clubs había logrado don Homobono hacer una partidita de tresillo, y todas las tardes se pasaba dos horas entregado á este juego. Las únicas que se pasaba de su adorada Carmela. Esta aprovechaba aquellas dos horas para darle la prueba de amor que tan orgullosamente recibía don Homobono en pleno club.

A mas el excomerciante se había entado á tresillar, cuando el encargado del teléfono se acercaba á don Homobono, y, sonriendo maliciosamente, exclamaba:

—¡Señor... el teléfono!

Don Homobono sonreía feliz; miraba triunfadoramente á sus amigos, y con paso de conquistador, dirigíase al aparato telefónico, donde escuchaba una frase cariñosa de Carmela y percibía el rumor de un beso. Esta operación verificábase todas las tardes tres veces. Según decía Carmela para que supieran todos que á nadie quería más que á él, y, sobre todo, para estar segura de que no se marchaba de conquista poniendo de pretexto la imprescindible partida de tresillo.

Esta genialidad de Carmela habíase hecho pública en el club, y no era rara la tarde que algunos jóvenes de buen humor se acercaban á don Homobono, y dándole palmaditas amistosas en el hombro, le preguntaban:

—¿Cuántas llamaditas ha habido hoy, don Homobono?

El hombre sonreía displicentemente y continuaba jugando.

Una tarde, no sé cómo, se enredó la cuestión, el caso es que uno de los jóvenes se atrevió á decir que aquellas llamadas, de las que tan orgulloso se mostraba el excomerciante, eran un gran *camelo*. Indignóse don Homobono, hubo discusión, y, por

fin, á propuesta de varios circunstantes, se convino en que el incrédulo se pondría á un auricular para oír la conversación que repetiría á los presentes; y si era cierto lo que decía don Homobono, aquél pagaría una espléndida cena, y si no era verdad, la pagaría don Homobono, que en aquellos momentos sudaba tinta.

No habian terminado los *clubmen* de ponerse de acuerdo, cuando apareció en el

—Comunicábamos con los reservados del café Habanero, donde, sin duda, vive la esposa fiel de don Homobono.

Antonio HERREROS

“Satiricón,,

será el semanario más valiente de España.

¡QUE LE HEMOS DE HACER!



—Sí, señora, diga usted lo que quiera está todavía muy requetehermosa...

—¡Ay, don Roque, no lo crea usted, cascada... cascada!...

—Pues yo ni eso siquiera.

salón el encargado del teléfono, que con su eterna sonrisa murmuró:

—¡Señor... el teléfono!

Dirigiéronse todos los circunstantes al camarero telefónico, y en medio de un absoluto silencio, cogieron los auriculares don Homobono y su contrincante. Se vio sonreír triunfador el anciano, y aprobar con movimientos de cabeza al joven, cuando éste, que sin duda habia oído colgar el aparato al comunicante, preguntó con voz estentórea:

—;Central! ¿Con quién comunicábamos?

Hubo un momento de ansioso silencio, quebrado por el ruido que hizo el cuerpo de don Homobono al caer al suelo con los ojos tragicamente abiertos, y por una gran risotada del joven, el cual, colgando el auricular, dijo con gran sorna dirigiéndose á sus amigos:

El poema de tus senos

Como dos iguales cimas  
se yerguen tus blancos senos.  
Son las dos gemelas rimas  
de mis versos de alma plenos.

Son dos rosados canales  
de riqueza inextinguida.  
son ebúrneos manantiales  
de la vida.

Sen dos escudos de rosa  
con un coral en la punta,  
para batalla amorosa  
invertidos en su junta.

Son dos ánforas de nieve,  
y en el centro sus nectarios.  
¡Cuando del néctar se bebe  
vierte amor sus incensarios!

Son dos volcanes iguales

que ya su carácter han roto. —  
 Los Pecados Capitales  
 desde sus cráteres noto.  
 Son dos rosas de Pasión



—Pobrecilla. Allí en la esquina y con la noche que hace. Si le echo la carta no la encontrará en esta obscuridad... Le diré que suba para leérsela yo misma ahora que se ha marchado mi madre...

con dos abejas doradas.  
 Es la miel de la creación  
 la de esas rosas amadas.

Son dos hermanas palomas  
 con los picos hacia arriba.  
 Son como nevadas lomas  
 de caliente carne viva.

Son como surgir glorioso  
 de tu carne perfumada.  
 El poema más hermoso  
 de la Nadal  
 Son dos incitantes rosas  
 con el botón incendiado.  
 Son las trovas más gloriosas  
 del poema del pecador...

A. RODRIGUEZ DE LEON

## PARISINA

—Monsieur Paulin Lacroix—empezó mi amigo el conde Revuillet, después de haber apurado un bock de espumosa cerveza— acaba de sufrir un desengaño más, que viene á aumentar la interminable lista de los experimentados por mi viejo camarada durante el largo transcurso de su vida galante.

Ayer, en el boulevard Port-Royal, el célebre banquero, el *niño mimado* de todas las *demi mondaines* que deleitan al público parisiense, precisado por un negocio de verdadera importancia, que olvidó la vispera, tal vez por asistir á una de sus cotidianas citas, que con gran precisión de detalles lleva anotadas en su *car-net*, alquiló un coche, ordenando al cochero que le condujera á la rue Vanves.

Hasta aquí nada hay de particular; pero es el caso —y ahora empieza lo bueno— que M. Paulin encontró en uno de los asientos de la berlina una cartera de señora. Magnífico hallazgo para quien, como Lacroix, agradece, más que una buena jugada de bolsa, cualquiera de estas cosas pertenecientes á la mujer, su único idolo, á quien erige constantemente altares dentro de su pecho, donde habita un amor impropio, ciertamente, de un hombre que está en vías de llamarse octogenario.

Volvamos á la cartera, y veamos que no contenía billetes de Banco ni cosa alguna de valor, sino un retrato y una tarjeta de mujer, de una de esas mujeres á cuya vista el hombre más refractario en cuestiones de amor se rinde, vencido por el poderoso impulso de unos ojos como los de mademoiselle Clotilde — así rezaba la tarjeta — que, según el vejete, debían ser verdes.

—«¡Verdes, sí!» —exclamaba M. Paulin,

devorando con la vista aquella cartulina, que, de rato en rato, besaba entusiasmado... Y cinco minutos más tarde daba al cochero orden de marchar hacia el hotel donde Clotilde se hospedaba.

De lo que después sucedió, únicamente sé, porque para ninguno de los amigos del viejo banquero es un secreto la noticia, es que M. Paulin, pasadas algunas horas, echaba de menos su magnífico reloj de oro y unos cuantos billetes por valor de una suma respetable.

El engañado seductor apresuróse á preguntar á un *garçon* del hotel por mademoiselle Clotilde.

— «¿Dónde estará... si no ha parado de correr!» — contestó el mozo con una sarcástica risa, exaltando de este modo más los nervios de M. Paulin, que se mesaba con rabia la media docena de blanquísimos cabellos, que parecían, en aquella tan venerable cuanto tostada calva, un copo de nieve en medio de una porción de hacetitos de dorado toigo:

F. GONZALEZ-RIGABERT

## Tonadilla

La vida es un rato:  
bailemos al son  
más fácil y grato  
para el corazón.

Virtud: mala carga  
de esclavos... Virtud:  
farándula amarga  
de decrepitud.

¡Y oh, cómo intimida  
del Arbol fatal  
la fruta prohibida,  
la fruta del Mal!

¡Cuán suave la panza  
del Arbol traidor!  
¡Qué rico el aroma!  
¡Qué bello el color!

Falaz, nos aqueja  
con agrio placer;  
mas, ¿quién sola deja  
la fruta caer?...

La vida es un rato:  
bailemos al son  
más fácil y grato  
para el corazón.

J. PÉREZ RAMIREZ

## “Satiricón,”

Semanario satírico de política, literatura,  
arte y malas costumbres.

**USANDO** la vacuna antisifilítica «As-  
clepiol» se evita el contagio  
de los males secretos.

Frasco para 30 aplicaciones, 5,75.

Representantes: Cortes, 442.—Barcelona.

## EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra go-  
mas irrompibles de las mejores  
marcas que vende

## La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

## JOSE LERÍN

Encargado de la venta de *El Libro Popu-  
lar* y *LA HOJA DE PARRA* en Madrid.

Abada, 22, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

## IMPRENTA

DE

## EDICIONES ESPAÑA (S. R.)

En esta imprenta se hace toda  
clase de periódicos, folletos,  
circulares, facturas, cartas co-  
merciales á precios  
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Partado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agentes exclusivos en Sud América  
MASSIP Y COMPAÑIA  
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

## SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendrás si usáis las gomas  
higiénicas que vende

## LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

## Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días, un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamli, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

# ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.  
Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

## OBRAS DE LUIS ESTESO

La novela verde, 0,50 pesetas.

Es una obra festiva llena de refinamientos y gracia fresca.

La reata humana, 2 pesetas.

La mejor producción de Luis Esteso.

El turblón de la risa, 1 peseta.

Contiene seis tomitos: *La vida de Belmonte*, *La república del común*, *Malagueñas y cantares*, *Joselito* y otras.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

## Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dolar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1895).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.